

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.
La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes, París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

La prensa y Marruecos

La prensa francesa, sin distinción de matices políticos se ocupa estos días con preferencia de la cuestión Hispano Marroquí.

Unos periódicos hablan de la inmediata ruptura de las relaciones diplomáticas del Mokri y el Gobierno español, teniendo por causa ese rompimiento la cuantía de la indemnización que nuestro gobierno solicita del Sultán por la reciente campaña en el Rif.

Otros dicen que á este motivo se une la pretensión por nuestro gobierno de ocupar nuevos territorios en el Imperio de Marruecos y finalmente otros señalan un punto más concreto: la construcción de la carretera de Ceuta á Tetuán y la ocupación por España de esta plaza.

No sabemos que habrá de cierto en todas estas informaciones de los periódicos franceses lo que sí se observa en ellos es que todas son tendenciosas, en el sentido de procurarnos complicaciones no sólo en el exterior sino también en el interior explotando la alarma que se encargan de hacer cundir ciertos partidos españoles.

Al hacerse esta campaña en la prensa francesa todo el que la siga con interés y atención verá la más perfecta unanimidad y es porque los franceses, tan divididos y fraccionados como nosotros por los ideales políticos, prescindien de ellos cuando de un asunto nacional se trata; son patriotas y al bien y engrandecimiento de Francia, sobre todo en el exterior, atienden y se unen los más encontrados enemigos cuando de empresas nacionales se tratan y esta de España y Marruecos es para los franceses una de las cuestiones internacionales que mas interesa hoy á Francia y en la única que España pudiera hacer sombra á sus planes.

Señalamos este hecho tan solo para exponer á la vista de todos el contraste existente entre esa prensa de nuestros vecinos y la nacional. Ellos todos á un mismo fin ventajoso para ser país. Nosotros haciendo arma política de una cuestión de interés y honor nacional y dando elementos con que favorecer la realización de ciertos planes.

¡Cuando dejaremos los españoles de empequeñecer todas las cuestiones,

no mirándolas jamás con altísima de miras y si sólo atendiendo á los mezquinos intereses de banderías políticas!

El Teatro Nacional

Madrid 22-9 m

Firmada por todos los jefes de las minorías y contando con el acuerdo del Gobierno, se presentará á las Cortes una proposición de ley solicitando la construcción de un edificio para Teatro Nacional.

Los jefes someterán el asunto á la aprobación de las respectivas minorías y seguidamente presentarán la proposición.

Se cree que será aprobada sin dificultades, pudiéndose llevar al presupuesto ordinario las correspondientes partidas.

Virutas

El conuco de la lucha política, conduce á los mayores extremos.

Buena prueba de ello es lo que sucede en Cartagena.

Los enemigos políticos han agotado el manual del mal hablador, para dirigirse toda elase de piropros.

Y ya no respetan ni lo más sagrado.

Y atacan al contrario en lo que más le duele.

¡En el físico!

A «La Tierra» siempre había de ser ella! le ha tocado en suerte el triste privilegio de llevar la pasión hasta lo inconcebible.

Y cansada de zaherir y molestar á los antibloquistas, aplicándoles miles de dictérios que afectan á su vida pública y privada, ha extremado la nota de un modo horripilante.

Y ayer nos llenó de doloroso asombro.

Y de santa indignación.

Se permitió, con impudico desembarazo, molestar sangrientamente á un Concejal.

La víctima de sus iras fué un amigo nuestro.

El Sr. Rentero.

Y puso sobre su alabastro cutis, tres letras fatídicas.

R. I. P.

El ex-querido colega (después del ataque personal al físico de nuestro amigo, le retiramos el cariño que le profesábamos) se ensañó violentamente.

Y empleó jeticuenta y tres líneas, para llamarle.....

¡Agárrense nuestros lectores!

Para llamarle.....

¡¡¡ Visión!!!

No hay derecho para tirar de ese modo.

Reflexione «La Tierra» adonde puede conducirnos una guerra en ese terreno.

Y lo cruel que resulta horrar de una sola plumada las ilusiones de un hombre.

¡Qué horror!

Cuarenta ó cincuenta años acañiciando una ilusión ¡hermosa como todas las ilusiones!

Y de golpe y porrazo que venga un articulista y con entrañas á hiena, le diga al ilusionista: ¡No te pongas moños, visión!

Visión!

¿Qué habrá querido decir «La Tierra»?

Aplicará la palabreja sólo en su valir gramatical?

¡Res vamos el Diccionario.

Visión.—«Acto de la potencia visiva»

No debe ser esto porque el articulista no debe estar al tanto, ni durante el acto ni en el entreacto de la potencia del Sr. Rentero, más menos visiva.

Escribir, lo suponemos nosotros.

Visión.—«Especie de fantasía ó imaginación que no tiene realidad y se asejehende como cierta.»

Tamoco debe ser esto porque el amigo ludido no es especie de la fantasía imaginación, sino que es real verdadero.

Y en la segunda parte no sabemos si «La Tierra» aprehende ó no.

Pero si vemos una cosa.

Que no brende.

Visión.—«Persona fea y ríscula.»

¡Hasta ahíndemos llegamos!

Ni aún en roma puede pasar, Sra. doña Tira.

Bien está se se le diga á un concejal que se fue, sobre todos, chós con el tiempo.

Puede pasar que se le diga que no asiste á las comisiones, por no ver de cerca al Alcalde.

Tiene pase el que se hable de la inconstancia de ideales políticos de todos menos de uno.

Todo, menos eso, que es atroz.

¡Visión!

Por ese camino sólo encontrará el colega amarguras y desengaños.

¡Mírese al espejo!

¡Esto es espantoso!

No se le dejamos á nuestros mayores enemigos.

Y nos duele que á nuestro amigo Rentero, le hayan hecho víctima de un odio africano, de una venganza corza ó de una puñalada trapera.

Y por eso protestamos del ataque que moralmente ha estropeado el físico de nuestro amigo.

Y en sentido nada más que agrado, devolvemos al articulista el daño causado al Sr. Rentero.

Sólo que nosotros somos más razonables.

Y no empleamos frases molestas.

Con la verdad se tiene bastante muchas veces.

Y por eso nos limitamos á decirle:

¡Adiós, Adonis!

GARLOPA SEGUNDO.

El Contrabando en Ceuta

Madrid 22 9 m

«El Imparcial» dice que ha oído asegurar que uno de los puntos importantes es la necesidad que tiene España de ejercer la policía en la frontera de Ceuta para impedir el contrabando y asegurar la paz y el orden hasta que extienda su influencia por aquella región.

Carta de Ultra-Cumba

Sr. Director del Eco de Cartagena.

Muy Sr. mío: Me da agradecerle infinito las atenciones que hasta la fecha ha tenido conmigo publicando las cartas que he dirigido á mi sucesor en el cargo D. Francisco Gouza Balauza, actual Presidente de la Junta del Cementerio de Ntra. Sra. de los Remedios, con objeto de lograr la publicación de las Cuentas del Cemen-

terio, y á fuerza de ser pesado y con la ayuda de otros estimables compañeros he conseguido que dicho señor, me haya escrito á este sagrado recinto una carta cuya sustancia es la siguiente:

«Que como Presidente que es, de la Junta, tiene ordenado desde hace algunos meses y en distintas ocasiones al Tesorero, que se publiquen las cuentas que ahora se piden, y que ignore el motivo por el cual: no lo hace, aunque presume, que es por sus muchas ocupaciones y que en el interior, pueden verlas, los que lo deseen, en casa del referido señor Tesorero.»

Como á mi pobre juicio, no es esta una contestación que deje satisfechos á los incrédulos, pues á todas luces se está faltando al Reglamento, que para algo se escribió,—me reservo para en breve los cometarios.

Gracias Sr. Director y mande como guste á s. s. q. b. s. m.

Jacinto Martínez Martí.

Ntra. Sra. de los Remedios 21 --10 910.

El amanuense,

CRISTOBAL

¡Pobrecitos conservadores!

¡Nada; que ya han tomado con ellos, y va á ser cosa de compadecerlos de verdad! ¡Pobrecitos, sí; pobrecitos!

Todos los concejales tienen libertad para asistir ó no, según sus ocupaciones ó sus deseos se lo permitan, á las sesiones del Ayuntamiento—como lo prueba el que de los 42, de que en la actualidad se compone éste, solo concurren, por término medio, 15 ó 16,—todos, menos los conservadores.

Estos días de tener ni un día, ni una hora, ni un minuto, ni un segundo, y si la casualidad, que no el acuerdo deliberado y previo, hace que no asistan á alguna sesión, ya pueden dispouerse á recibir sobre sus bastantes tandidas carnes, los palmatazos de propios—¡así como suena! ¿qué se habían creído ustedes?—y de extraños.

Cunquiera se explicaría eso si los conservadores estuviesen en el poder; pero, ¿estando en la oposición?... ¡qué más pudieran desear los mangoneadores!

Además, el que sin ponerse de acuerdo, coincidiesen los concejales conservadores en no ir á la última sesión, tiene explicación sencillísima y hasta satisfactoria.

De los asuntos que figuraban en la orden del día, sólo podía llamarse importante—mas por los cascabeles,

que por los arcos,—el de la instancia del contratista de alcantarillado solicitando se le entregase, sin esperar el informe de la comisión técnica oficial, ó á que ejecutase más obras, la totalidad del resto (unos tres millones de pesetas aproximadamente) de las láminas emitidas para esas obras y las de aguas, á cambio de depósito en metálico del noventa por ciento de su valor.

Y sobre esto, pueden los descontentados dómínes elegir una de estas dos explicaciones: ó que ya sobre el particular había tomado acuerdo el Ayuntamiento alcantarillero,—si bien el depósito en metálico había de ser de la totalidad del valor nominal de las láminas,—á cuyo acuerdo, como es natural, hoy que estar, sin necesidad de molestarse en tomar otro ni siquiera so pretexto de «aclararlo»; ó que los concejales conservadores, los liberales bloqui-zaristas, (cuyo representante, en unión del de los republicanos históricos, abandonó el salón al darse principio á la lectura de esa instancia) y todos los demás que tampoco asistieron, hacían gran confianza en los que allí había del bloque—que tampoco estaban todos—enterrados, como seguramente los estarán, de que el contratista, había ido á Madrid á consultar y convenir la presentación de la instancia, cuyo borrador remitió después, también á Madrid, para que fuese aprobado, como lo fué.

Todo esto hacía pensar que el bloque tendría muy bien estudiado el asunto—ya que cualquier día se atreve el contratista á presentar instancias así á la ventura!—y por eso la proposición del señor Alcaraz, aunque la instancia de un asunto de gran importancia que «había» que estudiar le sonó á todo el mundo á histrionismo; ó de lo contrario denunciaría que andan muy divorciados los concejales bloquistas de sus directores.

Porque, si el bloque por boca del Sr. Alcaraz entendía que el asunto debía de ser objeto de estudio, la misma opinión hubiera sustentado, de haber asistido los concejales conservadores; ó, es que los bloquistas querían saber si los conservadores habían estudiado la instancia para no molestarlos ellos en hacerlo también y suscribir ciegamente lo que éstos dijeran?

¡Es acaso por esto, por lo que no recayó acuerdo?

Si es así, agradezca el pueblo de Cartagena á los conservadores el estudio que el bloque va á hacer ahora del asunto, ya que á la ausencia de aquéllos se debe que la instancia quedase sobre la mesa, lo que no es

El batallón de los Hombres de hierro 279

mi revólver del bolsillo y me parece que le acerté. Si no ha muerto, no debe faltarle mucho.

—Ha muerto—dijo Olivier Coronel.—Han encontrado su cadáver. Las autoridades han abierto una información y se ha movido una gran polvareda. Te aseguro que no estaba tranquilo, por ti.

—Pero, ¿en dónde ha recibido usted mi telegrama? Seguramente no ha sido en Chicago, pues no hubiera usted tenido tiempo de venir.

—No por cierto. La mañana misma en que los periódicos dieron cuenta del asunto, me despedí del ingeniero Strauss, pues quería encontrarte á toda costa. Aquí es donde he recibido tu despacho hace apenas tres horas. ¡Cuánto me he arrepentido de haberte dejado partir!

—¿Qué quiere usted? Es la casualidad. Yo no podía sospechar lo que me esperaba.

—De todas maneras, tú no tienes más que quedarte aquí tranquilamente. Los Tavernier guardarán el secreto de tu presencia y podrás acabar de curarte.

—¡Oh! ya lo estoy; casi no tengo nada. Con quince días de reposo, no hay más que hablar.

—Está bien; pero tengo que preguntarte otra cosa—dijo el inventor.

—¡Ah! lo sospechaba. Se trata de lo que escribí á usted. Usted me dispensará que no fuera

El Eco de Cartagena

¡Es posible!—exclamó León.—La cosa es sencilla. Pero se han imaginado que allí se van á arreglar tan fácilmente? ¿Y el torpedo de usted?

Olivier Coronel sonrió tristemente.

—¡El torpedo...—dijo.—Por sí mismo no puede nos la yletoría. Yo también he luchado

arte. Estoy convencido de que no hay un por no

perder si queremos preservar á Europa, miuua. á Francia, de la ruina. No me faltaba ya que la indicación exacta del lugar en que se encuentra Mércu Park.

Aho que me la has suministrado, voy á despedir de ti y voy á tratar, por todos los medios posible, de trabar la lucha con el ingeniero Háltic. Es preciso que uno de los dos sucumba.

—Eso es que yo desearía acompañarle á usted.

—Valgo, no pienses en ello: Apenas puedes moverte y yo no puedo esperar á que te restablescas. Te escribiré, si quieres, á irás á unirse conmigo tan pronto como te sea posible.

—Ya sabe usted muy bien que haré todo lo que usted quiera—dijo el joven.—Pero de todas maneras, me es sumamente duro verle partir así y no poder seguirle.

El batallón de los Hombres de hierro 277

Precedido por la dueña de la casa, el inventor subió por una ancha escalera que cruja bajo sus pies.

—No duermo nunca mucho el pobre muchacho—dijo ella al subir.—¡Cómo se va á alegrar de verle á usted! ¡O! se conoce que le quiere de veras. Su primer cuidado, tan pronto como pudo hacer un movimiento, fué escribir el telegrama que usted ha recibido y que mi marido mismo llevó á la ciudad.

Diciendo esto, levantó con cuidado el pestillo de una puerta. Enfrente, junto á una ventana con cortinas blancas, había una cama, grande y cómoda.

—¿Es usted, madama Tavernier?—dijo León, que acababa de despertarse.

—Sí, soy yo, hijo mío; pero te traigo una visita.

Una visita—exclamó León, incorporándose.

—¡Monsieur Olivier!...

No pudo decir más; su brusco movimiento le arrancó un grito de dolor.

Su rostro pálido volvió á caer sobre la almohada.

El inventor acudió hacia él, le cogió las manos y examinó atentamente su rostro.

—No es nada—dijo el joven al cabo de un mi-